5. ASOMBRO: ANTE LO INESPERADO, GRANDIOSO O BELLO.

Introducción. Orando descubro «de quién soy». Estudiando y leyendo entiendo «quién soy». Trabajando descubro «para quien soy». Por eso los Salamos nos descubren, nos hacen entender y nos asombran acerca de Dios, de los demás y de nosotros mismos. A través de los Salmos nos orientamos hacia la Fuente, ganamos hondura, nos prepara para una acción e intervención que adquiere realismo. A través de los Salmos gestionamos equilibradamente todo nuestro ser, buscando unificar nuestro espíritu, alma y cuerpo. En la oración está activo el espíritu; en la lectura, la mente; en la acción, el servicio, el trabajo, ponemos en juego el cuerpo.

Lo que Dios nos dice. *«Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. No ha llegado la palabra a mi lengua, y ya, Señor, te la sabes toda. Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma. Tanto saber me sobrepasa, es sublime, y no lo abarco. ¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro; si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha. Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí», ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día, la tiniebla es como luz para ti. Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente, porque son admirables tus obras: mi alma lo reconoce agradecida, no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando, y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mi ser aún informe, todos mis días estaban escritos en tu libro, estaban calculados antes que llegase el primero. ¡Qué incomparables encuentro tus designios, Dios mío, ¡qué inmenso es su conjunto! Si me pongo a contarlos, son más que arena; si los doy por terminados, aún me quedas tú. Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón, ponme a prueba y conoce mis sentimientos, mira si mi camino se desvía, guíame por el camino eterno» (Sal 139).*

Acoger lo que el Salmo nos dice es escuchar una voz y acoger a un "alguien" que se dirige a nosotros con amor, con atención, con compromiso. El Salmo se crea a partir de experiencias, recuerdos y pensamientos, que dan significado y sentido a la vida. Orar la vida es escuchar la narración que Dios nos dirige como "Cartas vivas en nuestros corazones". La capacidad de ser felices, de asombro, de vivir con éxito, salud, bienestar, desarrollar la intuición, el amor incondicional, descubrir la belleza, encontrar caminos de paz interior y la creatividad, eso es lo que nos invita a vivir este Salmo. Estos estados es lo que llamamos «Reino de Dios», que precisamente dice Jesús que está dentro de nosotros. No depende de ninguna circunstancia externa o característica personal, sensibilidad especial o carisma recibido. Solo se precisa activar la fe y la observación de la realidad. Lo que buscamos no es diferente de nuestro propio ser. ¿Por qué tanta infelicidad, si fuimos creados para la felicidad y la bienaventuranza? ¿Por qué a menudo nos sentimos como en el infierno? ¿Cómo podemos liberarnos del lodo que hace que nuestro camino hacia la paz interior parezca tan arduo, tan inalcanzable? La entrega es la vía más segura hacia la realización total. Fijemos los ojos en Jesús, soltando el apego a nuestros criterios, y abrirnos a la novedad de la fe.

Cómo podemos vivirlo. ¿Estamos dispuestos a imaginar una nueva vida, caracterizada por la gratitud, libres de resentimientos y sabernos acompañados en todo lo que nos pasa? Dios es «el que es» y orar es ver y experimentar a un ser que Es esa felicidad, esa alegría desbordante, esa paz inexpugnable. Escuchar a un ser liberado y estar en su presencia nos ofrece el catalizador, la esperanza y el punto de partida de nuestro propio camino interior. Es Dios el que nos atrae y nos pone en marcha. El punto de partida de nuestro asombro y el paso más importante es reconocer nuestros límites, que tenemos sentimientos negativos, como consecuencia de nuestra condición humana, y estar dispuestos a observarlos sin juzgar. Cuando reconocemos la negatividad y la pequeñez en nosotros, tendremos la posibilidad de entregarla y liberarnos de ella. Simplemente y con sencillez hemos de reconocer esa parte de nuestra existencia. Al aceptarla podremos trascenderla. Aprender a dejar ir, a soltar, es un ejercicio práctico y una decisión personal para eliminar obstáculos y apegos. La confusión y la duda es nuestra salvación. Para los confundidos, todavía hay esperanza. Aferrémonos a nuestra confusión, al final es nuestra mejor amiga, la mejor defensa contra la naturaleza moribunda de las respuestas aprendidas pero estériles de los demás. Contra el ser violentados por sus ideas e imposiciones. Si estamos confundidos, seguimos siendo libres para aprender y humildes para seguir buscando y asombrarnos.